

EUDONNA ED IO

Queridas amigas, queridos amigos

Desde hace meses sabía que iba a tener la fortuna inmensa de venir por segunda vez a Trento, de nuevo para asistir a la representación, en italiano, de una obra teatral de Andrés Pociña, *Crepuscolo a Mitilene*, editado por Il Sextante de Mariapia Ciaghi y escenificado por el Teatro Bertolt Brecht de Formia bajo la dirección de Maurizio Stammati. Lo que no sabía, hasta muy recientemente, era que Mariapia me iba a pedir que hablase un poco de mi experiencia en los estudios sobre las mujeres de ayer y de hoy, cosa que no es más que una manifestación en mi terreno profesional (soy profesora universitaria) de uno de los particulares fundamentales de mi existencia, mis creencias y vivencias feministas, muy profundamente sentidas y adoptadas como una guía segura en mi vida cotidiana. Mariapia me pidió que hablase de esto, y sus deseos para mí son órdenes, porque además de su inmenso cariño hacia mí y hacia Andrés, me ha llevado a un nuevo horizonte, al que nunca había prestado demasiada atención, que es la divulgación de algunos trabajos míos no en el tradicional campo científico, mucho más cerrado, sino en el de la alta divulgación, igualmente seria pero más asequible, esta que desde hace un año y medio recibimos cada tres meses en la bellísima e inigualable Revista *Eudonna*. Por ahí comenzaré.

Nadie se puede imaginar lo que sentí, en el mes de diciembre de 2016, cuando tuve en mis manos, en Granada, el número 1 de *Eudonna*, con la imagen de aquella bella y simpática mujer, que tenía un lápiz en la mano, y en cuyo vestido de tono claro se leía “Le donne di Roma nello specchio delle loro scrittrici”, y debajo mi nombre, todo ello en una magistral copertina de Fulvio Bernardini, que te ganaba por los ojos con su rica simbología. Me encontraba, pues, yo en la primera entrega de una publicación que se anunciaba como “Rivista di cultura, ambiente sociale, turismo e associazionismo femminile”, en la que, en los cinco números ya publicados, con rigurosa puntualidad, siempre con la misma profundidad y selección de contenidos, con la misma belleza de presentación artística y gráfica, he aprendido tanto, he revisitado varias mujeres admiradas que ya conocía y me he aproximado a otras cuya existencia ignoraba. Pero no se me ha pedido que venga a hablar aquí de *Eudonna*, sino

de aspectos que tienen que ver con la existencia de nosotras, las mujeres, las de ayer y las de hoy, y de qué manera he abordado personalmente alguno de tales aspectos en mi trabajo docente e investigador.

Durante cuarenta y dos años he sido docente de Filología Latina, un año en la Universidad de Salamanca, donde realicé mis estudios de Licenciatura y de Doctorado, y cuarenta y un años en la Universidad de Granada, donde me jubilaré el próximo mes de septiembre. Los comienzos de mi investigación nada tuvieron que ver con los estudios feministas: en primer lugar realicé un trabajo sobre el vocabulario de las relaciones amorosas en las comedias de Plauto, que fue mi tesis de laurea, y luego una tesis doctoral tremendamente seria, muy del estilo del latinismo que se practica en Italia, consistente en una edición crítica de los fragmentos de la comedia *togata* de los romanos. Pero ya en los años que duró este tema tan llamémosle rebuscado, me iba dando cuenta de que mis curiosidades más sentidas no iban por ese camino: a mis estudios de la *togata* les debo que, a partir del intento de explicar y comprender los brevísimos fragmentos de las comedias de Titinio, Afranio y Atta, me fui al deseo de conocer los fragmentos (a veces ni siquiera fragmentos, tan sólo noticias) sobre las escritoras de Roma y sus creaciones literarias. Era cosa sabida que las había habido, tal vez no muchas, tal vez no importantes, pero se habían quedado ocultas por el muro del silencio, construido siempre y en todas partes por un patriarcalismo feroz y resistente, y en consecuencia habían sido relegadas al olvido. Siendo ya doctora, me puse a recoger todas las noticias, referencias y restos de las escritoras romanas antiguas, y en el año 1994 publiqué uno de los libros que más satisfacciones me ha dado en mi vida, con el título *No sólo hilaron lana. Escritoras romanas en prosa y en verso* (Madrid, Ediciones Clásicas). Tuvo una gran difusión y hace muchos años que está agotado, por lo que estoy preparando una segunda edición. De las escritoras romanas rescatadas del silencio dediqué especial atención a Cornelia, la culta mujer que nos legó dos importantes fragmentos de sus cartas a uno de sus hijos, a la que en un artículo denominé “madre de la epistolografía romana”, cosa que no le gustó a todo el mundo; con especial cariño me acerqué a la oradora Hortensia, mujer tan atractiva, obviamente una feminista *ante litteram*; y gracias a conservarse casi un centenar de sus versos, pude

trazar un retrato convincente de Sulpicia, la gran poeta elegíaca de tiempos de Augusto.

Pero no sólo me interesaban las romanas escritoras, sino todas las mujeres de Roma. Hay que tener en cuenta que estoy hablando sobre todo de la década de los años ochenta del siglo pasado, una época en que los estudios sobre las mujeres en Grecia y en Roma estaban mucho menos desarrollados que ahora, si bien empezaban a avanzar con pujanza en toda Europa y en América. En aquellos años fui cofundadora del Seminario de Estudios de la Mujer de la Universidad de Granada, con sede en mi Facultad de Filosofía y Letras, y una de las primeras actividades importantes que realizamos fue un Congreso internacional, cuyos resultados aparecerían en el año 1990 en un libro pionero, publicado por Aurora López, Cándida Martínez y Andrés Pociña (eds.), *La mujer en el mundo mediterráneo antiguo* (Granada, Universidad). De la situación de los estudios sobre mujeres griegas y romanas en aquel momento se puede tener fácilmente una idea pensando que existían solamente unas pocas monografías de relieve, como era indiscutiblemente el libro de 1986 de Eva Cantarella, *L'ambiguo malanno. Condizione e immagine della donna nell'antichità greca e romana* (Roma, Editori Riuniti), que fue publicado en español con el título de *La calamidad ambigua* (Madrid, Ediciones Clásicas, 1991), y tuvo una increíble difusión en mi país. En aquel congreso que realizamos en Granada estaban presentes las tres grandes autoridades reconocidas en aquellos días en nuestro tema, la italiana Eva Cantarella, la francesa Claude Mossé y la estadounidense Sarah Pomeroy.

Mi medio de información sobre la consideración social y la imagen pública de las romanas de la época clásica eran, muy por encima de otros, las noticias que sobre ellas nos ofrecían los escritores que les eran contemporáneos. En consecuencia, los estudios tradicionales sobre las mujeres pecaban de estar sustentados sobre información masculina, y por tanto muy susceptible de resultar sospechosa. Basándome en muy diversos y acreditados estudios de crítica literaria feminista, me fui creando un método de trabajo para analizar los textos de los autores latinos que se referían a mujeres, método que denominé “hermenéutica de la sospecha”, y que apliqué a muchos escritores, por ejemplo a Horacio, a Ovidio, a Tito Livio, a Marcial, etc. Mi método parte de la idea de que, en principio, salvo en contados casos, un

escritor, un hombre a fin de cuentas, no va a ser sincero cuando exprese sus opiniones sobre el género femenino; por ello, nuestras sospechas han de agudizarse al analizar sus afirmaciones, no dando por válido el sentido superficial de las mismas, sino tratando de sorprender la realidad de su pensamiento en la expresión lingüística empleada, es decir, no creer sin más lo que afirma, sino buscar la verdad en cómo lo afirma, fundamentalmente por medio del vocabulario empleado. Esta es, explicada de forma muy resumida, mi “hermenéutica de la sospecha”, que traté de aclarar mejor en un trabajo acerca de un método de estudio de las literaturas clásicas desde una perspectiva feminista. En el año 2008 fue recogido en uno de mis libros más programáticos y más reveladores de la ideología que siempre animó mi investigación y mi docencia: se titula *De Safo a Alfonsina. Las mujeres en su literatura y en la masculina* (Sevilla. ArCiBel Editores). No es una obra que haya tenido una difusión muy amplia, pero creo que allí queda bien reflejado mi deseo de contemplar las literaturas, las clásicas y las actuales, las de mujeres y las de hombres, desde una visión feminista, y por lo tanto igualitaria. Ahí se refleja mi continua lucha contra la relegación de las mujeres escritoras en los manuales de literatura, al modo de la que hago en mi artículo, en el número 5 de *Eudonna*, sobre Elena Bono, en mi opinión una gran escritora, que sin embargo no aparece en absoluto en los manuales de historia de la literatura italiana.

Tal vez les estoy cansando con los planteamientos básicos de mi investigación y de mi docencia, y quizá puedan pensar qué interés puede tener que venga hasta aquí, nada menos que desde Granada en el Sur de España hasta Trento en el Norte de Italia, una profesora catedrática de Filología Latina para narrar sus experiencias. Sin embargo, son esas ideas las que en buena medida han guiado mi existencia. Al comienzo de mi primer trabajo en *Eudonna* escribí unas consideraciones que quiero repetir ahora: *In un certo senso, il mio modo di essere e di pensare sono stati in gran parte condizionati dai miei approcci nei confronti delle donne romane: loro rendevano più profonde le mie convinzioni femministe, e hanno rafforzato la mia convinzione che se c'è una lotta nel nostro tempo che valga ancora la pena portare avanti, è quella che condurrà all' uguaglianza totale e assoluta tra le due metà che compongono il genere umano: donne e uomini* (*Eudonna* 1, p. 9).

Siempre he tenido una preocupación fundamental por nuestro mundo, por las mujeres y por los hombres de nuestro mundo; por eso, uno de los hechos que me preocupó siempre fue observar la lentitud en ños progresos hacia la igualdad. Me van a permitir que recuerde un texto contundente de Séneca: comenta el filósofo en su *De ira*, a propósito de comportamientos criticables de personas: “*Se è un ragazzo, si perdoni alla sua età, poichè non sa se sbaglia. Se è il padre, o ci ha giovato tanto da avere anche il diritto di offenderci, o forse la cosa stessa da cui ci sentiamo offesi è un suo beneficio. È una donna: sbaglia* (De ira 2, 30; trad. C. Ricci). El error de un *puer*, puede deberse a su edad; el de un *pater* admite explicaciones, pero el de una mujer es consubstancial a ella: *Mulier est: errat*. Opiniones como las de Séneca siguen con enorme vigencia en nuestro mundo, como producto de la creencia en una desigualdad esencial entre mujeres y hombres; y ello, incluso en la parcela de la sociedad donde nos imaginamos que la formación humana ha llegado a su nivel más alto: la Universidad. En el año 2007, la Universidad de Granada fue la primera de las españolas que creó una “Unidad de Igualdad entre Mujeres y Hombres”, cuya finalidad explicaba claramente su nombre. Para echarla a andar y comenzar sus actividades, se me nombró primera Directora de dicha institución. Durante siete años estuve al cargo de ella, poniendo todo mi empeño en ella, luchando en ella y por ella, y comprobando día a día, con gran escándalo, hasta qué punto la igualdad entre los dos géneros se sitúa todavía en un horizonte muy lejano. Para contar lo que allí viví y aprendí necesitaría horas enteras. Hice cuanto pude, pero acabé agotada.

Encaminándome ya hacia el final de mi intervención, podría resumir mis actividades profesionales diciendo que me he dedicado a estudiar mujeres, primero las griegas y las romanas, después sus descendientes hasta nuestros días, tratando de darles vida, de darles voz, de darles presencia real, de darles su verdadera importancia, a la vista de que históricamente no se las ha tratado en pie de igualdad. Después de las romanas, hay dos mujeres fundamentales a las que he dedicado mucho tiempo: yo nací en Galicia, en la esquina oeste de la Península Ibérica, donde se hablan dos lenguas, el español y el gallego; la figura más importante de la sociedad gallega, tanto de la masculina como de la femenina, fue siempre y seguirá siendo una mujer, la escritora Rosalía de Castro (1824-1885), al estudio de su persona y de su obra dediqué, en

colaboración con mi marido Andrés Pociña, una continua investigación, que se cifra en aproximadamente cinco mil páginas, repartidas en siete volúmenes. La gran heredera de Rosalía de Castro en el siglo XX es la escritora Luz Pozo Garza, nacida en 1922 y por fortuna todavía viva: al estudio de su vida y su obra he dedicado, también en colaboración con Andrés Pociña, un libro de 570 páginas. Además de las romanas, de Safo, de mujeres míticas sorprendentes, como Antígona, Clitemnestra, Fedra, Hécuba, Helena, Medea, Pennélope, con mayor o menor detalle me he ocupado de las escritoras españolas Halma Angélico, María Rosa Gálvez, María Zambrano, Elena Soriano, Itziar Pascual, María José Ragué, Xela Arias; de la portuguesa Hélia Correia, de la argentina Silvina Ocampo, de la americana Charlotte Perkins Gilman; en fin, de las italianas Dacia Maraini, Valeria Parrella y sobre todo de Elena Bono.

Tengo dos hijos y para el año que viene celebraré 50 años de matrimonio con Andrés Pociña: tres hombres que defienden vivamente la igualdad entre mujeres y hombres. Tengo una nieta, y sigo esforzándome para que viva en un mundo sin discriminaciones por razón de género. Un mundo como el de la Revista *Eudonna*.